

portancia a la costilla, acentuando lo que con ella se quería significar: que Dios formó el cuerpo de la primera mujer de una materia tomada al cuerpo del hombre. Y se advierte que esa palabra «costilla», ti, en hebreo, es una de las más oscuras del *Génesis*, con la particularidad de que en las escrituras sumerias el signo gráfico «ti», tiene el doble sentido de costilla y de vida. Así, pues, según este realismo mitigado, lo que aquí se quiere decir es que la mujer había sido sacada físicamente del hombre, sin duda, por un milagro de la omnipotencia divina, y sin ayuda de las causas segundas.

Otros son más atrevidos todavía. «Si verdaderamente el hombre ha seguido la ley de la evolución —dice un teólogo—, es posible que algún día se encuentre la explicación natural de cómo del hombre pudo salir la mujer. Toda prudencia es poca en esta materia; pero podemos concluir, que si no hay motivos suficientes para abandonar la opinión común, que admite el milagro, tampoco podemos condenar absolutamente toda explicación natural.» Y llevado por la tentación del concordismo, un exégeta francés, A. Michel, autor de unas *Lecciones elementales de metafísica cristiana*, llega a afirmar concretamente «que la interpretación del texto bíblico sería más fácil acaso en la hipótesis transformista de la mutación brusca de dos individuos, suponiendo que la mutación de la hembra habría sido provocada precisamente por el hombre».

Y también aquí nos encontramos con una interpretación más idealista, que ve aquí una especie de parábola histórica, siguiendo al gran teólogo Cayetano, de quien son estas palabras: «El texto y el contexto me obligan a entender el relato de la formación de la mujer, no según la letra, ni tampoco a ma-

nera de una alegoría, sino como una parábola misteriosa.»

## EL RELATO BIBLICO

Examinemos la descripción del autor sagrado. Vemos en primer lugar a Yahwé, que delibera y dice: «No es bueno para el hombre estar solo. Voy a hacerle una ayuda conveniente para él.» Hubiéramos creído que Dios se pone inmediatamente a realizar su proyecto; pero como si se hubiese olvidado de él, empieza a producir los animales del campo y los pájaros del cielo y los hace desfilar en presencia del hombre solitario. Y se repite el tema de la deliberación divina: «Haremos una ayuda conveniente para él.» El hombre pasa revista a los animales de la creación; se da cuenta de su naturaleza y, en consonancia con ella, les impone el nombre. Al mismo tiempo advierte su superioridad y; en consecuencia, la imposibilidad de encontrar entre ellos la ayuda que como hombre le conviene. Y viene luego la escena en que vemos a Dios operando como un quirúrgico consumado. «Hizo descender sobre él un sueño profundo, y el hombre se durmió. Y tomando una de sus costillas, puso carne en su lugar. Y con la costilla tomada al hombre, Yahwé Elohim fabricó la mujer. Y se la llevó al hombre.» Entusiasmado con la presencia inesperada, pero presentida, de aquel ser, cantó el hombre, el primer himno del amor conyugal: «Esta, al fin, hueso de mis huesos y carne de mi carne.» He aquí la ayuda que necesitaba. Y como nada tiene un ser sin su nombre correspondiente, el hombre impone a la mujer el suyo. «A ésta se la llamará esposa, porque del esposo ha sido tomada. Por eso el esposo dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne.» Era la afirmación del